

el músico y poeta Orfeo. Fingíanse jardines con árboles floridos y rocas tapizadas por verde musgo, donde se oían los caramillos de las églogas y los gorjeos de las aves. Y de súbito, para interrumpir aquel idilio, osos enrabiados venían de las hondas jaulas y trucidaban á los felices pastores. Muchas veces un león se comía delante del público al primer esclavo habido para sus garras, porque otro animal de su especie devorara en fábulas y consejas á Deda. Cubríanse las arenas de aguas clarísimas para que un hermoso Leandro y una hermosa Hero se buscasen y se ahogaran como en las antiguas poesías ante los ojos de aquel cruelísimo pueblo. A lo mejor nadaban por las aguas las diosas y los dioses marinos, el tritón coleteaba en sus linfas, las nereidas iban como deslizando su cuerpo entre las claras ondulaciones; aquí, al són de los remos, movidos por una especie de música, se desplegaban las velas de seda sobre naves cortadas en materias olorosas, sobre cuyas cubiertas iban dióscoros coronados por estrellas deslumbrantes; y cuando el espectáculo parecía más armonioso y sereno, los actores en él ocupados más felices, la contemplación más regocijante, á una señal de los Césares, la muerte, aquella muerte reinante como una diosa implacable sobre la Ciudad Eterna esclavizada, surgía cual inesperado relámpago en cielo sereno y ahogaba en las

rientes aguas hombres, mujeres, hasta niños, para corresponder á la barbarie universal impuesta por la infame servidumbre, pues el Imperio lo había corrompido todo con su corrosiva gangrena.

La tiranía exacerbaba las causas de universal corrupción, cual su historia, y su naturaleza, y todo el sér suyo lo pedían. El espectáculo, única reunión restante ya tras la muerte de los comicios y la prostitución del Senado, indicaba perfectamente dónde cayera, en cuál abismo, la vida romana. Huían aquellos esclavos de todo cuanto pudiera elevarles el espíritu, recelosos de hallar en esta elevación sus antiguas y constantes aspiraciones hacia la libertad. Los circos, los estadios, las arenas, los teatros y los anfiteatros eran como escuelas públicas de prostitución universal. Sus fiestas atizaban y mantenían el envilecimiento y las degradaciones. En realidad no había teatro allí. Desarrolladas con gloria y esplendor las humanas letras bajo todos sus aspectos, las letras dramáticas ó no surgían, ó surgían de la servil imitación que las hace pobres y entecas. Durante la república, en sus tiempos ilustres, dos poetas cómicos del fuste reconocido en Terencio y Plauto prometían lauros mayores á la romana escena. Pero la crítica, propia de las obras dramáticas, transcendentales á toda la sociedad y por ende al sér político suyo, no concordaba con las bases

propias de un imperio cuyo despotismo debía imponer forzoso y profundo silencio á toda manifestación de la humana libertad. Un género literario, exclusivo de la poesía romana, el género satírico, iniciado por Catulo al advenimiento de César, substituyó la poesía dramática. Escrita en el hogar, destinada sólo á una publicidad estrecha, sin aspiraciones á entrar en el aire libre de las asambleas populares, la sátira individual, aislada, solitaria, podía desahogar el ánimo de un hombre, no desahogaba, no, el ánimo de un pueblo. Y, sin embargo, así como en el circo máximo quedó libertad para el insulto público, no regateado por sus siervos al César, en el teatro quedaron libres las alusiones políticas y no se perdieron jamás, á pesar de haber costado su maligno empleo á ciertos actores la libertad y á otros actores la vida. Pero, así como en las carretas báquicas de los vendimiadores helenos el sublime teatro griego naciera, nació el pobre teatro latino en las fiestas atelanas, donde siempre se representaron ciertos pasillos y se dijeron en público ciertos diálogos. Fuera de todo esto, las fiestas escénicas en Roma contribuían al despotismo del emperador y al envilecimiento del ciudadano. Gustaban más que las tragedias el mecanismo brutal de ciertas pantomimas; y más que la comedia, una especie de representación lírica, en la

cual entraban toda suerte de cánticos y la instrumentación y la orquestación posibles de suyo en aquellos tiempos. Nótese bien, cómo el gladiador, el atleta, el mimo, el músico, el cantante y el bailarín triunfaban, porque no había en sus respectivas artes ó industrias asomo alguno de palabra, elemento consustancial de las ideas tan funestas á todos los tiranos. Lo que principalmente degradó á Roma fué su afición á las fiestas donde luchaban y morían animales. Aquellas apoteosis de la fuerza, y aquel derramamiento de sangre, y los combates de la vida inferior, y los fatales triunfos del organismo, predisponían para todo, menos para la libertad. El elefante merecía que se grabaran sus efigies en las monedas. Veinte habían luchado, según referencias de Cicerón y otros, en los decaimientos de la república. Pompeyo se holgaba unciendo á sus carros elefantes y Antonio leones. Dión Casio nos cuenta que había luchas de aquellos animales con los rinocerontes y Marcial que había luchas de aquellos animales con los toros. El fundador de la tiranía romana, Sila, fué de los primeros en soltar leones á las arenas del circo. Julio César y Augusto, al celebrar la fundación del teatro de Marcelo y del templo de Marte vengador, arrojaron más de quinientos á la curiosidad pública. Veíanse por el Foro pajareras ocupadas por papagayos, en el teatro

avestruces teñidos de rojo, en las naumaquias cocodrilos transportados del Egipto, en los jardines girafas tan altas como árboles, en los combates públicos leones con las guedejas doradas y águilas llenas de lazos y divisas, todo cuanto pudiera divertir y reparar el ánimo de altos y redentores pensamientos.

Pero en realidad el espectáculo por excelencia era la fiesta de gladiadores. Inmenso el anfiteatro; elevado al aire libre; profundas las galerías subterráneas, donde se guardaban las fieras que debían soltarse, los combatientes que debían luchar, los cambios de tantas y tantas decoraciones como servían al espectáculo de ornato; en un lado el dios protector de la fiesta con sus altares, con sus aras, con sus sacerdotes, con sus odoríferos perfumes y sus sacrificios delante, y al otro lado César con sus cortesanos y con sus eunucos detrás, cerca de los cuales gallardeaban los príncipes y embajadores de Oriente, cubiertos con sus trajes rozagantes y multicolores, coronados por sus áureas tiaras relucientes de pedrería; en las primeras gradas las curias de senadores, las órdenes de vestales, el esplendor de la corte vestida para divertir el gusto público y realzar la majestad imperial; en todas las escaleras, cuyos escalones de mármoles varios adornados con filetes de oro resplandecían por extraordinaria

suerte, la plebe romana, sola pocas veces, acompañada generalmente de tipos allegados en todas las conquistas y representantes de todos los pueblos; en lo último, como una corona de flores, las damas, envueltas en gasas que dejaban adivinar sus bellezas materiales y abanicándose con plumajes que parecían al desplegar todos los colores del iris, bandadas rarísimas de aves extrañas; en las arenas polvos de oro y minio, exparcidos para disimular la sangre, y en las alturas velos de seda rosa tendidos para teñir con sus arreboles y agraciar aún más la hermosura; por el estadio las compañías de combatientes, saunitas, griegos, tracios, dálmatas, nubios, en actitudes bien diversas como legiones de animadas estatuas, desnudos los más, cubiertos los otros de brillantísimas armaduras, éstos en carros, aquéllos acompañados por animales, armados todos con tridentes, puñales, dagas, hachas, espadas, según las diversas horribles suertes, y á una señal se atisban, animados por el mutuo instinto de la conservación, se husmean como tigres, para preservarse y defenderse como náufrogos, agarrados á la vida más de aquello que tal vida merece, se enrabian y mugen cual toros alanceados y heridos, se buscan al fin como leones para matarse sin malquererse, y se golpean, y se machacan, y se hieren, y se asesinan unos á otros,

cayendo en montón los cuerpos que despiden sangre á torrentes y ofrecen el espectáculo de sus convulsas agonías y de sus horrorosas muertes á un pueblo, á un Senado, á unos sacerdotes, á unas vestales, á un César, quienes los siguen con los ojos fuera de las órbitas, gozándose con sus penas, y los aplauden más á medida que aumentan sus horribles actos de crueldad y de barbarie, agravados en la callada noche por la ferocidad atroz de los espoliadores, cuyos brazos los llevan al espoliario, sin que acaben de morir, merced á lo cual muchos espiran sobre las tripas y los cadáveres de sus hermanos, maldiciendo á Roma y al Imperio, maldición que oirá la Providencia y cumplirán los siglos cuando se abran las tierras de los inhumanos viveros y de las inhumanas cacerías, vomitando los bárbaros que, movidos por una sed insaciable de venganza, con las teas arrancadas á sus viejas encinas en las manos, quemán el cadáver de la Ciudad Eterna, cadáver tendido por los errores y por los vicios de la tiranía en el mundo, y que, de no haberlo devorado la irrupción vengadora, pudriera con sus ponzoñosos miasmas la tierra y la conciencia. Sustituid al Senado los gladiadores, al comicio el circo, al tribuno el cortesano, al orador el pantomimo, á la libertad el despotismo, á la república el César; y cuando creáis vuestro poder

más fuerte y vuestro imperio más cierto, sucederá lo que á la Roma imperial, abriránse las orillas del Rin y del Danubio, expidiendo los apocalípticos ángeles exterminadores que Dios tiene apercebidos en el cielo para castigar toda tiranía.

Cuántas y cuán terribles tentaciones aquella sociedad ofrecía de suyo á la nativa perversión de una mujer sensual, aumentada por lo excelso y lo extraordinario de su dignidad y de su rango. La cortesanía en todo tiempo ha impuesto relaciones peligrosas entre los sexos opuestos. La turba de aduladores que circuían el cubículo y el tálamo de Julia estaban allí para servirla, y no era mucho que aprovecharan estos servicios naturales para tentarla y para perderla. Una manada de gladiadores, en la cual se mezclan con todos los extremos de la fuerza todos los atractivos del vicio, todo el horror trágico de la muerte ¡qué gran escuela para la prostitución! Así Julia iba por las noches de una encrucijada á otra encrucijada, circuída por esta nube de aduladores anhelantes por todas las emociones, en busca de cuantos centros infernales podían despertarla y mantenerlas. Su corte de viciosos, para buscar una emoción más, habíase convertido en cohorte de conspiradores. No contentos con haber acompañado á Julia en sus correrías por los barrios de las mujeres públicas, en sus visiteos al

infame templo de Hércules y al ensayo de las fiestas celebradas por los gladiadores, á la tribuna de los Rostros, á fin de violar con adulterios innumerables el sitio mismo donde se habían promulgado contra tal delito las leyes Julia y Papia Popea; para gozarse con toda suerte de peligrosos daños, gozabanse con las conspiraciones políticas. El suplicio de Tiberio desterrado, el horror sentido por este príncipe á su adúltera esposa, las insinuaciones pertinaces de Livia deslizando con arte y con gradación sospechas y más sospechas contra Julia, concluyeron por definitivamente perder á esta desgraciada. Cierta noche contrajo responsabilidad merecedora de la pena capital. Castigaban con este supremo castigo las leyes á quien osare coronar la estatua de Marsias. Era éste un sátiro de Frigia que, habiendo por casualidad encontrado la flauta de sí por Minerva ó Atenea lanzada, porque tocarla con sus labios y con sus dedos obligábale á gestos feísimos, desafió con este instrumento al dios Apolo, retándole descaradamente. ¡Crimen indecible desafiar un hombre al dios de los músicos en música porfia! Tocaron los dos, aceptado el certamen, y las musas decernieron el premio al dios. Y como el premio era que debiese hacer aquello mandado por el vencedor el vencido, impúsole Apolo á Marsias la obligación de cederle aquella flauta, y

luego en castigo á su presunción lo despellejó, atándolo á un árbol. Coronar al presuntuoso Marsias era ofender al divino Apolo, y ofender al divino Apolo era injuriar al divino Augusto, su nieto y su devoto. Una corona puesta sobre la cabeza de Marsias equivalía, pues, á un desacato religioso. Y este desacato religioso lo castigaban las leyes con pena de muerte. Ya no le quedaba ningún otro crimen que perpetrar, ningún otro peligro que correr á la viciosa y temeraria Julia. Cierta noche salió ella con sus mancebos, y citando en el Foro á las prostitutas más desenfrenadas y á los jóvenes más perdidos de la Ciudad Eterna, danzaron danzas lúbricas en torno del sátiro y le pusieron la prohibida corona. La policía romana olvidó quitarla en el amanecer, bien por descuido propio, bien por complicidad secreta con los criminales, y apareció la estatua con su guirnalda escandalizando á Roma entera. Todos quisieron saber los reos, todos los coopartícipes del supremo poder, y una persona solamente los conocía. Esta persona era Livia, quien, desde la proscripción infligida por Augusto á Tiberio, perseguía tenazmente á Julia y enviaba espías y esbirros en seguimiento suyo, celándole todos los pasos. El espionaje se organizó muy sabiamente. Aquel escándalo debió presentar á la sagaz esposa de Augusto el medio de soltar sus odios y herir de

muerte á su nuera. Comprendiendo la naturaleza de Augusto, mezcló con todas las revelaciones relativas á conspiración escandalosa contra las costumbres todas las revelaciones relativas á conspiración escandalosa contra el Imperio. La terrible acusación cayó sobre los reos como una especie de rayo, que vino á sorprenderlos, á herirlos, á matarlos, cuando se creían más en posesión de su poder y estaban más ciertos y seguros de su fuerza.

Augusto era un padre ciego; no veía cuanto delataban los menores actos de su hija. El hado le colmó de favores tan extraordinarios y numerosos, que no podía creer ni sospechar siquiera una desgracia. Muy clara debió la terrible acusación aparecer á su vista cuando tan furioso llegó á revolverse contra la ingrata Julia, en cuyo seno encerrara todas sus esperanzas de sucesión y á cuya castidad libró todos los títulos de legitimidad y de pureza que debía invocar para un dominio perpetuo y para un trono hereditario su gloriosa dinastía. El Oriente con todos los prestigios que brillan en sus altares y en sus templos, el Occidente con todos sus jóvenes é indómitos pueblos, el Senado y sus prerrogativas, la nobleza y sus privilegios, la plebe y sus derechos habíansele dócilmente sometido, y se le sublevaban tan sólo en los comienzos de la vejez las desordenadas pasiones de su hija. Augus-

to creyó morir suicida ó volverse loco al conocimiento de su deshonor. En raptó de ciega demencia cogió un puñal para inmolar á la perversa. Pero temió enaltecerla y honrarla dándole muerte con su propia mano. El terror se dilató en la familia y domesticidad íntima de los Césares con fuerza y celeridad tan grandes al saber la cólera imperial, que Febea, esclava de Julia, se ahorcó, buscando en muerte anticipada un alivio á tormentos presentidos y previstos. «Febea, dijo Augusto, debió ser hija mía.» Penetrado el emperador de que sus actos de familia interesan á Roma como pudieran interesarle trascendentales actos de su política y de su gobernación, solemnemente da parte al Senado y al pueblo de todo lo acaecido. La carta de participación tiene detalles de los escándalos y de los crímenes en su verdad y en su desnudez desgarradoras. De todas las informaciones abiertas y de todas las reseñas aprendidas concluíase una confabulación para forzar á la muerte y heredarlo antes de tiempo. La juventud más brillante de Roma quedó comprometida en el funesto caso. Unos jóvenes salieron para las proscripciones, otros para el cadalso. Oíanse resonar en el proceso los nombres más litúrgicos de la más antigua y mejor aristocracia romana. Quintos Crispinos, Appios Claudios, Gracos, Escipiones, quedaron heridos.

El favorito Sempronio tuvo que desterrarse al Africa. Un hijo de Antonio y de Fulvia, honrado con toda suerte de distinciones y de cargos, tuvo que matarse. La plebe, á pesar de los crímenes y escándalos conocidos y divulgados, intercedió por Julia. «Cuando mal os quiera, les respondió el emperador, os deseare mujer é hijas como ella, con lo cual aprenderéis mi dolor y apreciaréis mi proceder.» Julia salió como una criminal de la casa donde había nacido como una diosa. En oscura noche, á sus altas horas, un grupo de soldados la conducía lejos de Roma en litera más triste que la mortaja de un mendigo. La esponjosa isla Paudataria, verdadero presidio, sin agua, sin vegetación, le sirvió de asilo. Las costas de Campania, tan rientes; el hermosísimo golfo de Gaeta; las azules ondas tirrenas aumentaban la desnudez y tristeza de aquellas lavas frías y estériles, donde la enterraron. Julia no sintió los arrebatos de Porcia por su república ni de Cleopatra por su imperio. La idea del suicidio no cruzó por su mente ni los propósitos por su voluntad. Pero el paso de su mansión imperial en el Palatino á la isla Paudataria en el Tirreno, la publicidad escandalosísima de su deshonor, el contraste horroroso entre aquellos lugares de su destierro y los espléndidos lugares de su fortuna, la privación de todo placer, la soledad tras aquellas vo-

luptuosas compañías de alegres epicúreos, el diálogo perpetuo con su madre la vieja Escribonia, que no la dejó un punto, la falta y ausencia de toda libertad, la muerte de toda esperanza, el abandono sucediendo al poder omnímodo, la consideración de haber bajado desde primera en el mundo á última, torturáronla en términos que la prolongación de su vida resultó al fin y al cabo la prolongación de su castigo y de su infierno. Alguna vez pasaba un relámpago de ilusión por aquella espesísima noche. Antiguos devotos suyos conspiraban á una en su pro con tenacidad sin ejemplo. Pero estas devociones conocíanse tan sólo en lo mucho que aumentaban los torcedores de su prisión y las privaciones de su agonía. Quince largos años pasó así, toda una eternidad seguramente de torcedores y de penas. Murió su padre, y esta muerte acabó con todas sus esperanzas. El implacable César la mentaba en el testamento para decir tan sólo que prohibía el ingreso de las cenizas de Julia en su panteón. Trasladáronla desde su islote á Regio para mejor guardarla, recluyéndola en una fortaleza. Muerto su padre, queda por completo al arbitrio de su rencoroso marido y de su implacable suegra. Durante los años que pasan entre la exaltación de Tiberio y su muerte, Julia sólo recibe golpes mortales. A los pocos meses del nuevo reinado muere Lu-

cio César, su segundogénito, en Marsella, de camino á España. A los diez y ocho meses de muerto el segundogénito, muere allá en Licia el primogénito. Poco después acusan al postrero de sus hijos, al incontinente Agripa, de urdir con Julia su hermana y con Ovidio su poeta la fuga de su madre. Los tres fueron desterrados. Después el marido quita sin piedad la pobre pensión dada por Augusto á Julia, y ¡parece imposible! la hija y la esposa de dos Césares muere á la miseria y al hambre.

LIVIA

Livia fué la enemiga de Julia. ¿Y cómo era Livia? Oídme:

Estamos en plena Campania y por Agosto del año 14 de las edades cristianas. El calor era sofocante, como debía suceder en las regiones meridionales de Italia y sucede en nuestros reinos de Andalucía y de Valencia. El viejo Augusto espiraba á los setenta y seis años de edad, á los cincuenta de próspero y no disputado imperio. Había llevado la paz y el orden sobre Roma, pero arrancándole todas sus libertades. Así dejaba una sociedad y no dejaba hombres para componerla y sustentarla. Cuando el resorte moral de la libertad se pierde, los ciudadanos sólo se mueven, como las masas de materia bruta en los espacios, por el resorte mecánico de la fuerza. Y la tiranía mostraba, en la hora suprema de agonizar el tirano, toda su irremediable impoten-